

Ayer hice un viaje con un amigo alejado de la Iglesia. Le digo que necesito una media hora para, abiertamente, dejarle claro que voy a asistir a Misa.

¡Yo soy el pan de vida, el pan vivo que ha bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá para siempre!
Y arrodillado a los pies del Sagrario, tras recibir a Cristo Eucaristía, me deleito palabra por palabra con las cuatro ideas que representan estas palabras de Cristo en mi vida.

Cuando el Señor me recuerda que "Yo soy", basta con fijar la mirada en Él desde el tragaluz de la fe que he tenido la gracia de recibir, ese regalo inmenso que me llena de vida, lo que me permite reconocer a Jesús como el Hijo de Dios que llena mi corazón porque representa el Amor, el Camino, la Verdad, la Vida, la Amistad, la Salvación, la Esperanza...

Cuando el Señor me recuerda que es el "Pan vivo bajado del cielo", no puedo más que dar gracias y alabarle pues se me ofrece como un manjar exquisito en el banquete de la vida donde todo rezuma confianza, abrazo, ilusión, compañerismo. ¡Tan humilde se convierte el Señor que se acerca a mi pobre corazón para invitarme con su Cuerpo y con su Sangre!

Cuando el Señor me recuerda que "quien coma de este pan vivirá para siempre", mi corazón se regocija porque me hace comprender la necesidad de dejar de un lado los placeres terrenales, tan efímeros, para centrarme en lo importante.

Sin embargo, ¡Cómo me gustaría, realmente, tener siempre el hambre de vivir en Él, de sumergirme de verdad en el misterio de Su Amor y de su Misericordia! ¡Y eso lo puedo hacer cada día compartiendo con Él en la Eucaristía ese pan y ese vino que se transforman en el cuerpo y la sangre del Señor! El problema radica en que, aun recibiendo al Señor cada día, sigo con mi egoísmo, con mi soberbia, con mis flaquezas, con mi falta de amor hacia el prójimo... impidiendo que la vida eucarística germine en mi una

fecundidad viva, una transformación profunda y una fortaleza del alma.

¡Hoy no me queda más que exclamar con gozo que pese a mi pequeñez y pobreza me siento feliz al compartir contigo, mi buen Jesús, tu palabra, tu verdad y tu cuerpo y sangre transformadores! ¡Gracias, Señor, por este gran milagro que nos regalas cada día! ¡Gracias, Señor, porque comer tu cuerpo y beber tu sangre es vivir en ti! ¡Gracias, Señor, porque me invitas al banquete de la Misericordia! ¡Gracias, Señor, por tu palabra, por tu verdad, por tu Eucaristía! ¡Gracias, Señor, porque cada vez que participo de la Eucaristía me haces olvidar mis apetencias mundanas y terrenales! ¡Te pido, Señor, que me des hambre de tu pan de vida, hambre de vivir en ti! ¡Gracias, Señor, porque cada vez que como de tu pan me sumerges de manera hermosa en el misterio de tu amor! ¡Gracias, Señor, porque me haces entender que alimentándome de la corriente viva que son los sacramentos me pongo en camino a la vida eterna! ¡Gracias, Señor, por tu palabra, por tu verdad, por tu Eucaristía! Amén